

La violencia de género es una cuestión de poder

Al llegar al número 10 de Hojas de Warmi, número de final de milenio, seguimos empeñadas en que a lo largo del 2000 se logre superar las múltiples violencias contra las mujeres (física, psicológica, simbólica), ya sea en el ámbito doméstico, en el trabajo, en los lugares de ocio, en el ejercicio de la política, en los medios de comunicación.

Este año, el editorial se refiere a América Latina (en el anterior número anunciábamos la decisión de alternar su dedicación entre España y América, siguiendo el objetivo de la revista de ser un puente de tránsito de las dos orillas), y nos hacemos eco de un suceso violento ocurrido a lo largo de algunos años en el ámbito de la política, y lo que es más grave, a lo largo de un proceso en el que muchos participamos ilusionadamente. Se trata del abuso reiterado de Daniel Ortega, el líder sandinista, en la persona de su hija adoptiva Zoilamérica. Se trata de un caso de violencia de género que no contiene elementos nuevos, pero sí sobredimensionados, lo que hace que se vea mucho más claramente dónde está la raíz de esta lacra que se padece por las mujeres de todo el mundo. Ortega desplegó en torno a su hija una red tupida de argumentos políticos (el papel que ella debía cumplir en la revolución era servir de reposo después del combate), psicológicos (destruyendo su autoestima y subordinándola a su dominio), familiares (aislándola de su madre y hermanos y consiguiendo que la primera la viera como una rival, así como controlando su posterior matrimonio), simbólicos (era su musa revolucionaria) y físicos (acosándola, pervirtiéndola según sus gustos sexuales y violándola repetidamente) a lo largo de más de veinte años. Zoilamérica, después de leer su largo testimonio (Nuevo Diario, Managua 26,27.5.98) y una entrevista posterior (La Boletina, Web Puntos de Encuentro, Managua, noviembre 1998) me inspira el más profundo respeto, especialmente por el coraje y valor con el que ha enfrentado su tragedia en un contexto político y familiar muy complejo: separada, dos hijos y promoviendo el debate interno y la autocrítica en el FSLN. La primera acusación que se le lanzó desde las filas del Frente, incluída AMNLAE, fué de traición y de falsedad. Son acusaciones viejas en estos casos: traición doblemente familiar, a la sangre y al partido y además realizadas por su madre, Rosario Murillo, tras de la que se parapetó el abusador en su cobardía. Pero ella había tomado conciencia de que sólo se liberaría de tanto horror rompiendo el círculo de silencio y aislamiento en el que se encontraba, algo siempre presente en estos casos. También se le acusó de

oportunismo al realizar la denuncia en un momento previo al Congreso del partido y demasiado posterior a los hechos. Estos argumentos también son repetidos: se exige a la víctima celeridad en la denuncia, si no, se le acusa de consentidora; pero, ¿cómo se puede pedir a una niña de once años que tenga la fortaleza y la lucidez para enfrentarse a la sutileza de un adulto?. ¿Que por qué no lo hizo a lo largo de los años siguientes?. Puede ser el momento de ahondar en las explicaciones fundamentadas en investigaciones serias, que ponen de manifiesto que la violación, el abuso sexual, psicológico y simbólico es una cuestión de poder y que la sexualidad es solamente uno de los instrumentos con que se realiza.

Así se puede entender el sometimiento y la anulación que se hace de la voluntad de la abusada y de ahí que las denuncias sigan representando un porcentaje pequeño. Por eso, el caso de Zoilamérica y Daniel Ortega es relevante, porque expone claramente que el problema está íntimamente relacionado con el ejercicio del poder y su abuso. Ortega abusó de su poder de ser adulto, importante políticamente, tenía los medios necesarios intelectuales y económicos para aislarla (la niña en su adolescencia vivió en una casa adyacente a la familiar rodeada de guardaespaldas y sólo contó con el afecto escondido de alguna doméstica que la cuidaba) y luego impulsarla políticamente. Cuando ella se casa comienza a debilitarse su control, aunque Ortega continúa acosándola con el teléfono. El caso es redondo y tiene un aspecto muy esperanzador: su ex marido la apoya en la denuncia y hace una autocrítica a la masculinidad genérica ejemplar¹. Es hora de tener en cuenta que no estamos solas en la tarea de lograr el fin de estas tragedias cotidianas para el nuevo siglo.

Lola G. Luna
Directora

1. "Carta a Zoilamérica, a mis hermanos y hermanas sandinistas y nicaraguenses, 8 de marzo de 1998", en Huerta, J. R. *El Silencio del Patriarca. La línea es no hablar de esto*, pp. 65-68.